

QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

Encuentro con un parisiense en Saigon, en la calle Catinat.—Conversación sobre Cambodge; un misionero tolerante; el bautismo fracasado.—El rey Norodom I.—Sus quinientas mujeres.—Las esposas legítimas, las favoritas y las esclavas.—Su residencia.

—Si quiere usted estar bueno (me dijeron al llegar á Saigon), levántese usted muy temprano, pasee hasta las diez, vuélvase usted á su hotel, y bajo ningún pretexto ponga los pies fuera, y menos la cabeza, á no ser cubierta con un casco ó una sombrilla, hasta después de las cinco de la tarde.

Yo seguía á la letra estas prudentes recomendaciones, y todas las mañanas, antes de encerrarme por el resto del día, recorría la calle Catinat, única donde á ciertas horas se nota algo de

actividad: el movimiento de una calle principal en una capital de provincia de segundo orden.

Algunos días después de mi llegada tuve el placer de encontrar en uno de estos paseos matutinos á M. de X..., un parisiense muy parisiense, convertido en administrador de los negocios indígenas en Cochinchina.

Al poco rato me decía:

—¿No piensa usted aprovechar su estancia aquí para visitar el Cambodge?

—Bien quisiera, respondí; pero me dicen que hay ya sobrada agua en los lagos y ríos que conducen á las ruinas de Ang-Kor.

—Es muy probable. La estación de las lluvias, ó mejor dicho, según la pintoresca expresión annamita: «la época en que el cielo baja,» ha terminado hace tiempo, y las vías fluviales, únicas verdaderamente practicables en este país, son algo peligrosas. Lo siento por usted; esas ruinas son maravillosas desde todos los puntos de vista. Belleza de situación, impenetrable virginidad de los bosques inmediatos, arquitectura espléndida y los recuerdos que esta evoca. ¡Qué pueblos habrán construído tales monumentos! ¡A qué grado de civilización habrían llegado!... Pero volvamos al Cambodge. Convenido; no puede usted llegar hasta las ruinas, que, no está

usted equivocado, forman parte del reino de Siam; pero nada hay que le impida visitar la capital del reino cambodgiano: Phnom-Peuh.

—¿Y qué hay allí de notable?

—En primer lugar, su situación sobre el Mekong, uno de esos ríos gigantescos desconocidos en Europa; luego su población, ciertamente superior desde el punto de vista del tipo y de la forma á los annamitas; y, por último, Norodom, el rey de Cambodge.

—¿Un monarca asiático?

—Muy asiático, por más que á veces intenta vestir á la europea.

—¿Y habla francés?

—No, pero se puede conversar con él por medio de intérpretes.

—¿Cuál es su religión?

—El budhismo.

—¿Y no han procurado convertirle?

—Sí, el padre Guédon, un misionero muy particular; pero tropezó desde el principio con una gran dificultad: el rey no quería renunciar á sus mujeres.

—¿Tiene muchas?

—Nadie lo sabe con precisión, ni aun él. Los familiares del palacio sostienen que contándolas todas, las de la víspera, las del día, y las del

día siguiente, las que no esperan ya y las que esperan, las que se deforman y las que se forman, se llegaría próximamente á la cifra de mil á mil y quinientas.

—¡El efectivo de un regimiento!

—Pero no hay más que cuatrocientas ó quinientas en servicio activo.

—Para un solo hombre debe bastar.

—Esa era la opinión del padre Guédon, que propuso un arreglo. El rey no quiso avenirse con él y el bautismo fracasó.

—¿Y qué arreglo proponía?

—Que se redujesen las quinientas mujeres á ciento.

—Pero eso era incompatible con su religión. El cristianismo no admite la pluralidad de mujeres. Sólo autoriza la unidad.

—Justamente, pero cien mujeres es la unidad de la centena. Se puede jugar con las palabras y hacerle trampas al cielo, cuando se trata de bautizar á un rey cambodgiano.

—¿Y Norodom no aceptó la transacción? Cien mujeres es una cosa razonable.

—Pues á él le pareció poco para sí. «Pues para eso ser soltero, célibe,» contestó en cambodgiano..., y se quedó con todas sus mujeres.

—¡No está mal pensado, si es que no le moles-

tan! En París se vería uno algo apurado para alojar tanta gente. Norodom tendrá, sin duda, más anchuras; un palacio...

—Un pueblo más bien, de quinientos metros de largo por trescientos de ancho, rodeado de elevados muros ó de una espesa empalizada. Dos casas de piedra, algunas de adobes, y luego cañas, chozas, *gergones*, como las llaman aquí, construídas con tierra y hojas de palmera.

En esta morada, que nada tiene de regia, pero sumamente original, es donde vive la familia femenina de Norodom; madre, hermanas, parientas y todas sus mujeres, las viejas, las jóvenes, las activas y las pasivas.

—¿Debe ser difícil vigilar á semejante batallón? ¿Quién es el guardián? ¿Eunucos, sin duda?

—No. El eunuco, tal como nosotros entendemos esta palabra, el eunuco completo, ó mejor dicho, incompleto, no existe ni en Cambodge ni en los reinos limítrofes. Es un producto del Oriente, pero no del extremo Oriente. Los maridos vigilan por sí mismos á sus mujeres, y esto es tanto más fácil cuanto que, por lo general, usan de la poligamia con moderación, y se conforman con una ó dos esposas. Sólo en los años buenos, cuando los negocios marchan bien, lle-

gan hasta tres, que es el número autorizado por la ley. Los príncipes, los altos personajes, los ricos suelen tener muchas más. Pero esas mujeres auxiliares, que generalmente se compran ó que se regalan, no tienen la categoría de *propon* (esposa). Son simples concubinas, mejor dicho, esclavas, llamadas *mi-khá*... ¿Le interesan á usted acaso estos detalles?

—Sí; lo confieso. Ya sabe usted, lo relativo á mujeres...

—Pues bien, continuaré. Pero son las diez, el sol empieza á calentar y la calle tiene ya pocos atractivos; entremos en casa de Hermencio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ADOLFO BELOT"
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

El café de Hermencio.—Diversas ocupaciones de las mujeres en el harem.—La paliza.—Los monstruos reemplazando á los eunucos.—Precio de una mujer salvaje.—El adulterio y las penas aplicadas á los culpables.—El empalamiento considerado bajo diferentes aspectos.

Al poco rato, en el café que hace esquina al muelle y á la calle Catinat, decía yo á mi querido administrador de negocios indígenas:

—¿De modo que las quinientas mujeres del rey Norodom son concubinas, *mi-khás*? No tendrá, en realidad, más que tres mujeres legítimas, como previene la ley.

—¡Oh!—me respondió M. X.—las leyes no se han dictado para un monarca asiático, un rey absoluto como Norodom, un autócrata, por no decir un déspota. Y además, ¿para qué había él

de observarlas? Su pueblo, sus ministros, sus mandarines, siempre prosternados, arrastrándose ante él, repiten en todos los tonos que es de esencia divina, «que descende de los ángeles y del dios Vichnu.» Este estado de cosas le autoriza para proporcionarse tantas mujeres legítimas como quiera, y aun hay que agradecerle que no quiera más.

—¿Y cuántas se ha proporcionado?

—Durante mucho tiempo una sola le bastó. Era la hija del rey de Siam; pero éste, disgustado al saber que Norodom se había sometido al protectorado de Francia, le reclamó su hija.

—¿Y desde entonces?...

—Norodom compensa la calidad por la cantidad: en poco tiempo, los iniciados afirman que han contado once mujeres legítimas ó que se dicen tales.

—¡Cómo! ¿No ha completado siquiera la docena? Eso no es razonable.

—Pues ha llevado la razón hasta dar ocupación á cada una de estas grandes favoritas. Una dirige los almacenes dependientes del palacio, otra cuida de las cocinas, esta del teatro, la otra de poner en orden el guardarropa del rey. Ya ve usted que esto está bien entendido. Norodom es hombre muy práctico.

—Sí, sabe mezclar lo útil con lo agradable. Pero encuentro una dificultad. ¿Cómo se arregla con tantas para reconocerlas? Debe confundir con frecuencia sus nombres.

—Para no confundirlos, se los ha suprimido y los ha sustituido por números.

—Como en los baños. ¿Y no se quejan ellas de que las numere de ese modo, tratándose de mujeres legítimas, de elevadas damas?

—¡Oh, pueden quejarse cuanto quieran! El rey no haría caso ni de sus quejas ni de su categoría, y para enseñarlas á mostrarse siempre contentas haría que trabasen conocimiento con el vergajo.

—¿El vergajo?

—Sí, la paliza que representa un gran papel en Annam, Siam y Cambodge.

—¿Y es grueso el vergajo?

—No; es bastante delgado y flexible: parecido á las varas con que se sacude la ropa entre nosotros.

—¿Y las pegan fuerte?

—Eso depende de la vieja que sacude... Las viejas son las que ejercen estas funciones. Ya se lo he dicho á usted; Norodom sabe emplear á toda su gente... Cuando se entiende con ellas, tiene la mano más ligera y sabe elegir los sitios mejores.

—Pues qué, ¿hay sitios buenos para recibir vergajazos?

—Los hay más ó menos: en los hombros ó en los riñones, es cosa pesada; más abajo, ya es tolerable.

—No diga usted más; porque acabaría usted por decir que las agradaba.

—No; pero no estaría usted en lo justo si juzgase mal de la páliza. Es útil, necesaria, cuando se trata de mantener el orden y la disciplina entre tantas mujeres. Por más que se procure ocuparlas...

—En dar vergajazos. Y las que, en vez de darlos, los reciben, ¿qué hacen de ordinario?

—Un poco de cada cosa. Las unas, las esclavas... que son las más numerosas, sirven á las otras. Las otras cantan, estudian música, forman una orquesta. Por último, otras, en número de más de doscientas, son bailarinas... ¡Un magnífico cuerpo de baile!

Apoyándome sobre la mesita que me separaba de M. de X..., le dije:

—De modo que todas esas mujeres, de las cuales muchas son jóvenes y bonitas, ¿no es verdad?...

—Sí, tipos originales; Norodom es muy inteligente.

—Todas esas mujeres que no tienen más que un marido, y un marido de cincuenta años, según creo, ¿decís que se guardan por sí solas?

—No, no he dicho eso. He dicho solamente que Norodom no tenía eunucos. Pero ha puesto á sus mujeres bajo la vigilancia de los *crommouangs*, guardianes que desempeñan las funciones de los eunucos sin ser eunucos.

—Eso es una imprudencia.

—No, el rey los elige entre sus mónstruos.

—¿Sus mónstruos?

—Sí. Todos los jorobados, los patizambos y los mancos del reino le pertenecen. Los padres de un contrahecho ó de un inválido le educan hasta los diez ó doce años y luego se le envían á Norodom, que se encarga de su manutención y elige entre todos ellos los mejores ejemplares de mónstruos para hacerlos guardianes del serallo.

—Ya comprendo. Confía en el desagrado que sus imperfecciones han de inspirar á las señoras. Hace de ellos, por decirlo así, enucos morales... Pero, ¿podrá confiar en ellos como en verdaderos enucos?

—No siempre. El año pasado, una muchacha lindísima agregada al servicio de la Prea-Neang-Sucheat-Bopha...

—¡Por Dios, qué está usted diciendo! ¡Me va usted á volver loco con semejantes nombres!

—Cuestión de costumbre: yo los digo de corrido. La Prea-Neang-Suheat-Bopha es la directora del teatro, sus trajes y accesorios.

Decía á usted que el año pasado, una de las mujeres que estaban á sus órdenes se escapó con un mónstruo.

—¡Un mónstruo realmente! ¡Pobre mujer! Para obrar así debía tener mucha necesidad... de ser infiel. ¿Sería algún jorobado? Los hay encantadores.

—No; era un gemelo.

—Pero los gemelos no son mónstruos.

—Sí. En Cambodge, toda extravagancia de la naturaleza se considera como una monstruosidad.

—Por fortuna, en Francia no pasa lo mismo. Yo he conocido dos hermanas gemelas adorables. ¡Quién había de decir que eran mónstruos!... ¿Y qué fué de los dos infieles?

—En vez de traspasar la frontera y de refugiarse entre nosotros en Cochinchina, cometieron la imprudencia de ir á ocultarse cerca de Sambor, entre los salvajes Phnongs.

—Pues qué; ¿incurrió Norodom en la falta de delicadeza de perseguirlos? Cuando tiene uno

tantas, paréceme que una mujer más ó menos...

—Está usted en un error. Cuantas más se tienen más se guardan... Así es que el rey puso en campaña á toda su policía.

—¡Ah! ¿Tiene policía?

—¡Ya lo creo! Y un ministro de Justicia, y un Código de leyes, muy completo, que se titula el Prea-Thomma-Sat.

—¿Y encontró la policía á los fugitivos?

—Los salvajes los entregaron por cuatro búfalos y un saco de sal.

—No me parece caro el precio, tratándose de una mujer de la corte.

—Bien pagado está tratándose de una mujer desflorada. Ya sé que en París á veces suben los precios en relación con el número de amantes, y que las que han tenido muchos se cotizan más alto. Los salvajes piensan de otro modo: una linda virgen vale seis búfalos. Una viuda ó divorciada no vale más que uno... y muchas veces el dueño tiene que quedarse con ella por no tener salida.

—Muy interesante es eso, muy instructivo; pero, ¿y los prisioneros?

—Los llevaron ante Norodom, que, naturalmente, ordenó en seguida que los decapitasen.

—¡Naturalmente! ¡Penar con muerte el adulterio!

—El adulterio cometido por una mujer del rey. Esto es mucho más grave; crimen de lesa majestad, ó más bien de lesa divinidad. Una mujer del pueblo, de un funcionario, y hasta la de un mandarin, libra mucho mejor.

—¿Cómo?

—Si se trata de la primera falta, le cubren la cabeza con un cesto, le ponen flores silvestres tras de las orejas, y la pasean por el pueblo al son del tambor, entre dos filas de soldados.

—No es muy terrible el castigo.

—Las reincidentes incurren en penas más severas. Les afeitan la cabeza, las fustigan con disciplinas de cuero, y las empalan.

—¡Las empalan! ¡Eso es la muerte!

—No, si se procede con moderación; si el instrumento de suplicio, el palo, está bien entendido.

—¿Pues no es un madero terminado en punta?

—Sí; pero á unos quince centímetros de la punta tiene una tablita que impide que el palo penetre muy profundamente donde ha de penetrar. La paciente monta en el palo, se desliza poco á poco tres ó cuatro pulgadas y queda de-

tenida por la tablita, sobre la cual se encuentra pronto sentada bastante sólidamente.

—Y hasta muy cómodamente. Ha estado usted á punto de decirlo. Por mi parte, me parece un suplicio cruel, bárbaro.

—Cuestión de gustos. Los orientales y los extremo-orientales no tienen el mismo modo de pensar y de sentir que los europeos.

—Sin embargo, estoy seguro de que si le pregunta usted á una empalada, aunque sea del extremo-oriente...

—He hecho más que preguntar: he seguido durante todo un día por una aldea de Cambodge á una mujer puesta en el pico de un palo.

—Y qué, ¿lanzaba terribles gritos?

—No; parecía dormir, con los ojos medio cerrados, las ventanillas de la nariz dilatadas, la boca entreabierta. Estaba muy bonita así, fija en el palo, y yo absolvía á su amante.

—Y la ley cambodgiana ¿le había absuelto como usted? ¿Acaso no se castiga al cómplice?

—Sí; pero mucho menos severamente que á la mujer. En general, sólo se le impone una multa. Y para eso todavía el Código, el Prea-Thomma-Sat, hace una porción de distinciones.

—¿Usted las conoce?

—Muy imperfectamente; pero se hallan con-

signadas con extensión en la obra que el lugar-teniente de navío Moura ha escrito sobre Cambodge. Nos la dejarán en el hotel del Universo, donde ya estará esperándome el almuerzo. ¿Quiere usted almorzar conmigo?

—Con mucho gusto.

III

En casa de Olivier.—El Código cambodgiano.—El adulterio en familia.—Los hijos del rey y sus numerosas mamás políticas.—El segundo rey.—Una favorita condenada á palizas á perpetuidad y su cómplice á prisión y cadena.—La señora Constans obtiene el indulto de dos prisioneros que habían engañado á su padre.—El gato y el conejo.

Tres minutos nos bastaron para ir de casa de Hermencio á la de Olivier. Pero estos tres minutos me parecieron horriblemente largos, tanto me abrasaba el sol, á pesar de mi casco y mi sombrilla... sol de invierno, no obstante. ¡Esto promete para el verano!

Como me había dicho M. de X... he encontrado en el libro de Moura los datos que deseaba. Acaso me los hubiera suministrado más interesantes, desde el punto de vista de la arqueología, de la religión y de la literatura; pero lo re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

lativo á las mujeres me ha interesado siempre vivamente, y como no se las puede conocer ni aun de un modo superficial sino á costa de los más profundos estudios, sacrifico la literatura y la arqueología para estudiarlas mejor.

Segun Moura, la gravedad de la falta cometida por el hombre adúltero depende de la situación de su cómplice. Si ha tenido comercio ilícito con la primera de las esposas legítimas, con la que llaman la esposa mayor, paga una multa considerable; si se trata de la segunda esposa, la mediana, la multa se rebaja á la quinta parte. El adulterio con la tercera mujer, cuesta aún más barato. Esta multa queda en favor del marido, y si no puede obtener el cobro, la ley le entrega á su deudor como esclavo.

Pero el Código cambodgiano hace otras distinciones, todavía más curiosas, entre el adulterio consumado y el comenzado, en vías solamente.

«Si alguno—dice el Código—coge las manos ó palpa el pecho de la mujer de otro, la abraza, la besa, va á buscarla á su casa ó á un lugar aislado; si entra en su alcoba en ocasión de estar solo con ella, paga una multa crecida. Pero si no ha hecho más que dirigirle palabras melosas, si no ha pasado de tener intenciones libertinas, pagará sólo la mitad de la multa.»

—Todo eso me parece justo y razonable—dije á M. de X...—pero me extraña que el rey Norodom se permita mandar que decapiten á sus mujeres, cuando la ley sólo le autoriza para hacer que las empalen, y que corte también las cabezas de los amantes, cuando debiera conformarse con imponerles una multa. ¿Cómo es que el protectorado francés no le dirige sobre este particular advertencias y reconvenciones?

—Ya se las hemos dirigido. Ha contestado que él no obraba á impulsos de los celos ni por crueldad, sino por sistema: que sus mujeres y sus servidores gozaban de grandes ventajas, y debían ser castigados más severamente que los demás súbditos: que perdería todo su prestigio si aboliese en su harem la pena de muerte, que es una prerrogativa regia. Por último, como uno de nuestros plenipotenciarios insistiese, predicándole indulgencia, humanidad y perdón, él, impacientado, exclamó en cambodgiano: «¡Quisiera yo ver cómo os manejábais si tuviérais que guiar á quinientas mujeres!» El diplomático, que no tenía más que una, y le guiaba á él, no insistió.

—Me parece excesiva su discreción. Bien sabemos intervenir cuando se trata de cuestiones de dinero, de percibir algún impuesto que hu-

biese de cobrar el rey; lo mismo podríamos mezclarnos en sus asuntos cuando acuerda con sobrada ligereza una decapitación.

—Y nos mezclamos en ciertos casos, cuando los culpables valen la pena. Hace dos ó tres años salvamos la vida al hijo mayor del rey, y poco despues al hijo mayor del segundo rey.

—Pues qué, ¿hay dos reyes en Cambodge?

—Sí; el que reina, y el que está en turno para reinar. El segundo es el hermano del primero, porque la sucesión va de hermano en hermano, por orden de edad. El rey... expectante, no desempeña función alguna; no goza de ningún poder. Bebe, come, duerme y se pasea de mujer..., porque tienen también unas cuantas para ayudarle á esperar pacientemente el trono..., y eso es cuanto tiene que hacer.

—¿Y qué falta habían cometido los dos príncipes salvados por Francia?

—Habían hecho el amor en familia. Esto es cosa muy común por allí. El hijo mayor de Norodom era amante de una de sus numerosas mamás políticas, la favorita del día precisamente, lo cual agravaba la falta.

—¿Según eso, los hijos del rey viven en el harem?

—Sólo hasta los trece años, hasta el día en que les cortan los cabellos, ceremonia importantísima entre los cambodgianos.

—¿Y ese jóven precoz engañó á su padre á los trece años?

—No, más tarde: cuando ya no habitaba en el palacio, volvió á encontrar á su mamá política.

—¿Y los sorprendieron juntos?

—No; sólo sospechas, que Norodom se guardó bien de dar á conocer. Hizo llamar á su favorita, y le declaró que no la amaba ya, y que pensaba casarla con uno de sus mandarines.

—«¡Qué desgracia! exclamó estúpidamente la señora.—¡Un simple mandarín para mí! Si he tenido la fatalidad de desagradaros, si no debo ya perteneceros, dadme al menos por marido á vuestro hijo mayor.»—¡Desgraciada—gritó Norodom—acabas de venderte!

—¿Y mandó que la decapitasen?

—No; solo cien vergajazos... por aquel día.

—¡Cómo por aquel día! ¿Ha vuelto á repetir?

—Frecuentemente y durante mucho tiempo... Siempre que pensaba en ella, que le acometían los celos, ordenaba que la fustigasen. Pasados algunos meses, su amor se debilitó, sus celos decayeron y desde entonces los vergajazos son también menos numerosos, menos frecuentes...

Nunca mujer alguna ha estado tan contenta por verse menos amada.

—Pero no me habláis de su amante, el hijo del rey.

—Voy á ello. Para evitar el mismo castigo, la paliza, que deshonra á los hombres y puede incapacitar para reinar á un príncipe cambodgiano, recurrió al protectorado francés y obtuvimos la conmutación de la pena: la prisión, en vez del vergajo.

—¿Ha estado preso?

—Sí, en el interior del palacio, en el primer patio á la izquierda, frente á la sala del trono. Como todos los condenados, llevaba una cadena al pié y otra más delgada adherida á un collar. Por favor especial, el collar era menos grueso que el de los demás prisioneros, y forrado de casca para que no le hiriese en el cuello.

—¡Los cuidados paternales!... ¿Y duró mucho la prisión?

—Dos años, desde 1886 á 1888, hasta en que la señora Constans, movida á compasión, solicitó el indulto del culpable.

Norodom no podía negar nada á la esposa del gobernador de Cochinchina y del Tonkin, y la señora Constans tuvo la satisfacción de

ver caer ante ella las cadenas del prisionero regio.

—¿Pues no han dicho los periódicos que libró á dos príncipes en un mismo día?

—Sí; al hijo y al sobrino de Norodom, hijo del segundo rey de que os hablaba hace un momento.

—¿Por el mismo delito?

—Precisamente el mismo, no; pero también por el amor en familia. Engañado por su primera mujer y su hermano menor, el joven príncipe hizo asesinar á la alcahueta... también las hay en Cambodge, y en abundancia, que favorecía sus amores... De aquí su prisión.

Todos estos detalles, estas costumbres asiáticas, este semi-salvajismo acabó por interesarme, y estaba ya casi decidido á seguir el consejo de M. de X... y á emprender mi viaje á Cambodge.

—Pero no merece los gastos del viaje—dije—si no he de ver á Norodom. ¿Está usted seguro de que me recibirá?

—Sí, atendida la cualidad de artista; porque también él es artista... No se sonría usted. ¡Usted lo verá!... pero será preciso que solicite la audiencia nuestra plenipotenciario. Ya le he dicho á usted muchas veces, y además usted lo

sabe, que Cambodge está bajo el protectorado de Francia.

—Sí, pero ignoro en qué consiste, con precisión, ese protectorado.

—Se lo explicaré á usted en pocas palabras... Pero antes déme usted su opinión sobre este guiso.

—Riquísimo. No he comido nada mejor.

—¿Y usted cree que esto es conejo?

—¿Pues qué es?

—Gato, mi querido amigo... un plato chino que tenía encargado á Olivier, que ha cumplido muy bien el encargo... Aquí, el gato, como alimento, no tiene mala reputación.

—¡Bah! ni en Francia tampoco. Nuestras señoritas le han rehabilitado con su aversión al conejo.

A cuatro mil leguas de Francia, cualquier cosa sirve con facilidad de broma, y nos reimos de esto, como quince días antes me había yo reído cuando la alegre banda de jóvenes subcomisarios de marina que iba al Tonkin, cantaba sobre la cubierta del *Yang-Tsé*.

«Es un chino de la China
el que del barco salió
buscando una mandarina
en casa de la Moreau.»

En el mar de China esto tenía casi sabor local... y era al mismo tiempo un recuerdo para la patria ya lejana, para nuestro querido París, para nuestro buen barrio Latino de otros tiempos.